
dossier

Revisionismo Histórico Argentino

Difusión y Recepción



Alejandro Eujanian y Vanina Broda
(coordinadores)

Olga Echeverría
María Laura Reali
Julio Stortini
Michael Goebel

Introducción

ALEJANDRO EUJANIAN*
VANINA BRODA**

Hace poco más de un año, cuando parecían haber cesado las pujas que conmovieron durante el pasado siglo nuestro inestable panteón de héroes, se desató un debate que enfrentó una vez más, en bandos opuestos, a defensores de Rosas y de Sarmiento.¹ En esta ocasión fue impulsada por la presentación en la Legislatura de la ciudad de Buenos Aires de un proyecto de ley promovido por un diputado e historiador mediático con el objetivo de cambiar el nombre de un tramo de la Avenida Sarmiento, en el barrio de Palermo de la ciudad de Buenos Aires, reemplazándolo por el de quien fuera su mayor enemigo: Juan Manuel de Rosas. El debate público que convocó a partidarios de una y otra figura del pasado nacional, se convirtió rápidamente en una lucha que reeditaba, con apagado fulgor, viejas reyertas historiográficas en un contexto político menos proclive a dirimir en el pasado las batallas del presente. Sin embargo, los asistentes a la audiencia pública en la que participaron 112 oradores tuvieron la inesperada oportunidad de revivir el fervor de quienes elevaban su voz para exponer, entre insultos y agravios, los trillados argumentos a los que recurrieron para defender o injuriar a los anacrónicos contrincantes. Mientras una legisladora decía ser “hija de la escuela argentina que le prohibió conocer a Rosas”, un joven de 20 años parecía haber aprendido en ella la lección: “Está bien que Rosas no tenga una calle con su nombre. Los tiranos no serán honrados en esta ciudad.” En tanto que otro orador, antes que le fuera apagado su micrófono por considerar el presidente de la audiencia que su intervención excedía los límites del debate, asociaba el gobierno de Rosas con las dictaduras contemporáneas: “Rosas fue el antecedente en el siglo XIX de lo que fue el terrorismo de estado en los '70, con dos mil asesinados.”²

En esta controversia, última intervención pública y polémica de los partidarios de Rosas, que involucró a los medios de comunicación, a la Legislatura porteña y a un desnutrido grupo de asistentes, se notó la ausencia, como una voz distinguible, del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas que, desde 1938, había asumido la tarea de reivindicar a quien fuera gobernador de la provincia de Buenos Aires entre 1829-32 y 1835-52. El Instituto que había sido creado con el objetivo de ofrecer una interpretación alternativa a la historia oficial y que había hecho de su supuesta marginalidad una virtud fue, en enero de 1997, transformado en Instituto Nacional.³ Gozó a partir de ese momento del beneficio de un subsidio estatal, que defendió con uñas y dientes cuando el gobierno de

* Universidad Nacional de Rosario – aceujanian@unr.net.ar

** Universidad Nacional de Rosario – vanibroda@yahoo.com.ar

¹ El debate público tuvo lugar en el Salón San Martín de la Legislatura Porteña el 11 de abril de 2003.

² *Clarín*, 12/04/2003, p. 44.

³ Decreto núm. 26, de enero de 1997, ampliado por el núm. 940, de septiembre del mismo año.

Fernando de la Rúa intentó derogar la ley que lo había creado en el marco de la modernización del estado y reorganización del sector público. Pero esta consagración oficial no oculta el modesto rol que, en comparación con sus años de gloria, le ha quedado asignado en el interior del elenco de voces que debaten sobre el pasado nacional. La defensa de la figura de Rosas, ha pasado casi desapercibida en los últimos tiempos, o por lo menos es lo que se desprende de la última polémica que despertó algún interés por fuera de los círculos revisionistas, y que involucró consecuentemente interpretaciones diferentes de la historia argentina. Es más, la ansiada repatriación de los restos de Rosas en 1989, logró captar tan escasa atención como desinterés por polemizar sobre un personaje cuya historia ya no desgarraba el pasado ni, menos aun, el presente.

La notable capacidad de intervención en los debates políticos y culturales, que había caracterizado a los historiadores revisionistas a lo largo de medio siglo, aparece hoy diluida o con escasa presencia polémica. Sin embargo, sigue vigente el interés por explicar tanto las condiciones como los medios y estrategias que favorecieron su difusión entre públicos amplios como los motivos que llevaron a su restricción actual a la defensa pública casi exclusiva de la figura de Rosas sin mayores proyecciones políticas ni, aunque ya no importe, historiográficas. A partir de los años 1980s., una profesionalización que promovió el desplazamiento de lo político de las prácticas historiográficas, excluyó al revisionismo de los debates sobre el pasado nacional y de los ámbitos académicos, en los que por otra parte nunca tuvo demasiada consideración. En este sentido una de las virtudes que Tulio Halperin Donghi⁴ le reconoce al revisionismo, "su capacidad de expresar las cambiantes orientaciones de ciertas vertientes de la opinión colectiva", parece haberse desvanecido, junto a su rol como interlocutor en las discusiones sobre el pasado y la política, rasgo resaltado por Alejandro Cattaruzza⁵ en su análisis sobre la divulgación del revisionismo luego de la caída del peronismo.

La difusión de la visión del pasado ofrecida por el revisionismo, que se convirtió en una especie de sentido común compartido durante años por varias generaciones, y su recepción por parte de un auditorio que incluía a intelectuales, militantes políticos de amplio espectro y una heterogénea comunidad de lectores, es uno de los temas menos trabajados y a la vez más interesantes de abordar, en la medida que da cuenta de la compleja trama que articula la historia con la política y de los diversos modos en que las sociedades se relacionan con sus pasados al elaborar una imagen de ellas mismas. Si bien las estrategias de difusión utilizadas por el revisionismo fueron compartidas por otras empresas político-culturales con el fin de penetrar capilarmente en la sociedad, en el caso que nos ocupa

⁴ HALPERIN DONGHI, Tulio *El revisionismo histórico argentino*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971 y "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional", en *Punto de Vista*, núm. 23, abril 1985.

⁵ CATTARUZZA, Alejandro "El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas", en CATTARUZZA, Alejandro y EUJANIAN, Alejandro *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, Alianza, Buenos Aires, 2003, pp. 143-182 y "Algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico" en DEVOTO, Fernando *La historiografía argentina del siglo XX*, CEAL, Buenos Aires, 1993, vol. I.

demonstraron un éxito que merece cierta atención particular, entre otras cosas, porque sobre todo después de 1955 su historia se relaciona con el derrotero del peronismo proscrito. Aún más, actualmente podemos encontrar en los intersticios de la cultura política algunos tópicos del revisionismo que reaparecen o están presentes, como pequeñas filtraciones, alertando ante cualquier esfuerzo por decretar su muerte definitiva. El presente dossier pretende abrir un espacio donde este eje de análisis sea considerado por sobre otros, a los efectos de tratar de cubrir un aspecto hasta hace poco relativamente descuidado o soslayado por una preocupación centrada básicamente en las interpretaciones y no tanto en las formas en que las mismas circulaban en la sociedad.

Los cuatro trabajos aquí reunidos retoman las ya tradicionales líneas de análisis referidas al movimiento revisionista aportando en varios aspectos nuevas miradas que permiten matizar y complementar algunas de las hipótesis que orientaron la producción sobre esta corriente. En este sentido los trabajos de Tulio Halperin Donghi,⁶ seguidos por los más recientes de Maristella Svampa,⁷ Diana Quattrocchi,⁸ Alejandro Cattaruzza⁹ y José Carlos Chiaramonte,¹⁰ todos de obligada consulta a la hora de abordar los recorridos del revisionismo argentino, se ven enriquecidos por nuevas perspectivas y valiosas precisiones.¹¹

Una de las cuestiones a analizar se vincula al problema de las condiciones en las que surge el revisionismo argentino en la década de 1930, y a su peculiaridad con respecto a otras corrientes que han aparecido en otros países latinoamericanos para los mismos años. Carlos M. Rama había incorporado el movimiento argentino dentro del amplio marco del nacionalismo latinoamericano, e incluso consideraba pertinente plantear la existencia de un revisionismo hispanoamericano, entendiendo como tal toda empresa orientada desde el nacionalismo que tuviera como objeto revisar el pasado en confrontación con la historia oficial.¹² Con mayor precisión, Tulio Halperin Donghi insertó al revisionismo argentino

⁶ Cfr. cita 4.

⁷ SVAMPA, Maristella *El dilema argentino: Civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1994.

⁸ QUATTROCCHI, Diana "Historia y contra-historia en la Argentina. 1916-1930", en *Cuadernos de Historia Regional*, núm. 9, UNLu, Luján, agosto 1987 y *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1995.

⁹ Cfr. cita 5.

¹⁰ CHIARAMONTE, José Carlos "En torno a los orígenes del revisionismo histórico argentino", en FREGA, Ana e ISLAS, Ariadna *Nuevas miradas en torno al artiguismo*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2001.

¹¹ Por otro lado, hay una variedad de trabajos realizados desde el propio revisionismo ya sea con el objetivo de reconstruir sus orígenes como de promover una polémica entre sus diversas tendencias. Entre ellos: JAURETCHE, Arturo *Política Nacional y revisionismo histórico*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1959; D'ATRÍ, Norberto *El revisionismo histórico. Su historiografía*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1970; PAOLI, Pedro de *El revisionismo histórico y las desviaciones del Dr. José Ma. Rosa*, Theoria, Buenos Aires, 1965; ROSA, José María *Historia del revisionismo y otros ensayos*, Merlín, Buenos Aires, 1968.

¹² RAMA, Carlos M. *Nacionalismo e historiografía en América Latina*, Tecnos, Madrid, 1981.

en las corrientes decadentistas hispanoamericanas y destacó las diferencias existentes entre el revisionismo argentino y el decadentismo chileno, sobre todo por la relación que uno y otro establecieron con la política.

El trabajo de María Laura Reali abre la posibilidad de acercarnos al revisionismo uruguayo a partir de uno de sus máximos exponentes, Luis Alberto de Herrera, y los modos en que la interpretación revisionista del pasado uruguayo y sudamericano circuló en el interior de los sectores letrados de la primera mitad del siglo XX. Este aspecto nos remite directamente a los vínculos personales que se establecieron entre historiadores de ambas orillas del Plata, cimentando relaciones a través del intercambio epistolar y bibliográfico. Situación que no responde a la pregunta por la existencia o no de un revisionismo latinoamericano que derive de un proyecto compartido sino más bien que muestra la conformación de redes configuradas de acuerdo a estrategias propias de los ambientes intelectuales americanos del siglo XIX. Así, el revisionismo herrerista se expande a través de ciertos círculos políticos que funcionan en algunos casos como vía de ingreso y en otros como base de apoyo para el desarrollo de esta particular empresa historiográfica. Ahora bien, en una y en otra costa, concebían su tarea como destinada a dar a conocer "la verdad" sobre la historia hasta entonces falseada o descaradamente negada.

Pero en el caso de los argentinos Julio y Rodolfo Irazusta, cuyo itinerario intelectual en la década de 1930 es analizado por Olga Echeverría, se observan las diferencias que el revisionismo argentino tendría con el uruguayo. Derivadas sobre todo de un desplazamiento de la práctica política hacia la historiografía que no se observa en Luis Alberto de Herrera, líder de una fracción del Partido Nacional. Al mismo tiempo que se perciben las condiciones a partir de las cuales se articularon un conjunto de ideas, no necesariamente novedosas, que remitidas al pasado encontraban en la figura de Juan Manuel de Rosas un foco de positividad que le aportaba una dosis de realismo político a su crítica a la Argentina posterior al fracaso de la experiencia uriburista y al tratado Roca-Runciman.

La relación entre revisionismo y peronismo es revisitada en los artículos de Julio Stortini y Michael Goebel. Ambos se empalman temporalmente para ofrecer una visión de conjunto del período comprendido entre 1943 y 1960, que abarca el gobierno militar, las dos presidencias de Perón y su posterior derrocamiento y proscripción que coincide con los años de mayor expansión del revisionismo. El primer trabajo se centra en la forma en que el revisionismo desplegó su estrategia de difusión durante el peronismo en discusión con la hipótesis de Diana Quattrocchi-Woisson, que sostiene que el Instituto se "peroniza" a partir de 1951 con la llegada a la dirección de José María Rosa y John William Cooke. Por el contrario, Stortini sostiene que la falta de apoyo oficial y las constantes dificultades económicas para sostener la publicación de la revista refutan aquella hipótesis. El gobierno no parece haber apoyado al Instituto, a pesar de la palpable afinidad que demostraron muchos de sus integrantes, ya que no estaba dispuesto a abonar las voces que desde la oposición lo comparaban despectivamente con la tiranía rosista. En cambio, los revisionistas, creían haber encontrado en los sectores populares un público más receptivo a sus postula-

dos. Permite ver también, que la irrupción del peronismo renovó al revisionismo en menor medida de lo que se cree en relación a temas y claves de indagación del pasado nacional.

Por último, el artículo de Michael Goebel aporta al análisis de la vinculación entre la empresa revisionista y el peronismo en los años inmediatamente posteriores al golpe de Estado de 1955. Según el autor la apropiación del revisionismo por Perón aparece como el derivado inverso de la propaganda desarrollada por el gobierno de la Revolución Libertadora; se consolida así la tesis de que este revisionismo de Perón es más forzado que deseado. En este sentido, su aporte consiste en precisar los medios y el momento en que se realiza la conversión pública de Perón al revisionismo.

El recorrido de los artículos da cuenta de hasta qué punto la imagen del pasado ofrecida por la corriente revisionista parece haber quedado desplazada, pero no así el interés que despierta la capacidad que tuvo para intervenir e incluso promover debates políticos y culturales. Si dicho interés existe hoy, no necesariamente se debe a virtudes del propio revisionismo sino, en rigor, a la ausencia de un rasgo propio de la historiografía argentina presente en sus comienzos a mediados del siglo XIX. Cierta nostalgia por esa forma de intervención se desprende de las evaluaciones y diagnósticos realizados en el interior del campo académico en los últimos años. Diagnóstico alentador en lo que respecta a la consolidación de la profesión de historiador luego de la reapertura democrática, pero que denota cierta insatisfacción en lo que se refiere a la escasa participación de los historiadores en los debates públicos. La respuesta a este problema excede los objetivos del dossier, pero sin duda quien la ensaye en la Argentina deberá considerar el caso del revisionismo.

Rosario, octubre de 2004